

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 29.—BARCELONA 13 DE ENERO DE 1915



Infantería francesa haciendo fuego desde las cercas de una aldea en el N. de Francia

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. Los comienzos de un nuevo conflicto.—II. Los Estados Unidos e Inglaterra.—III. Italia y Albania

I.—Los comienzos de un nuevo conflicto

¿Para qué nos han servido los muchos miles de millones entregados a los rusos? Su intervención en la guerra no ha mejorado la situación de nuestro país. Siguiendo la marcha actual, antes de que lleguen a Berlín no quedará piedra sobre piedra en ningún pueblo de Francia y toda la población masculina estará inutilizada o enterrada. ¿Qué ventajas hemos obtenido de la alianza con Inglaterra? Con el pretexto de la guerra nos está suplantando nuestro comercio en todas las partes del mundo; sólo se preocupa de lo que le interesa directamente; nos obliga a enviar al frente de batalla a todos los hombres que tenemos, y en cambio ella retiene en Inglaterra, en previsión de que le hagan falta allí, a los pocos o muchos voluntarios que ha reclutado; su escuadra, en la que tanto confiábamos, está a la defensiva y poco menos que bloqueada; en tierra nos impone el plan de operaciones que le conviene, aunque a nosotros nos resulte funesto... Y en Alemania, contra lo que se nos quería hacer creer, ni faltan los abastecimientos, ni escasea el trabajo, ni se han cerrado las fábricas ni talleres, ni siquiera han considerado necesario enviar a la guerra a varios millones de solda-

dos, que llenan las ciudades del imperio: tales son las consideraciones y reflexiones que se van abriendo paso en los ciudadanos franceses y más todavía en la población femenina.

No les falta razón a los franceses; ellos, como los belgas, han sido víctimas de Inglaterra, de la misma manera que Rusia entró engañada completamente en la lucha. La escuadra británica, aquella famosa escuadra, ha sido el espejuelo que ha deslumbrado a países donde la impresión se antepone a la reflexión, donde el sentimentalismo no deja oír la voz de la razón. Late ya en Francia otra vez, como durante los siglos XIV a XIX, el resentimiento contra la Gran Bretaña, enemiga natural de todos los pueblos de la tierra; sólo que ahora, para vencer al enemigo, observa con indignación que su aliada se reserva el papel de dirigir a todos y moverlos en provecho de sí misma, sin poner más que un grano de arena en aquel platillo donde han volcado Francia y Rusia todas sus energías nacionales. Varios meses han transcurrido sin que nuevas tropas británicas afluyan a Francia. Los refuerzos llegados de Australia, India y Canadá, desembarcan en Egipto, en el África oriental, en la colonia del Cabo... En Europa, corresponde a Francia y Rusia vencer a los alemanes,

y a la escuadra británica conservar las rutas marítimas que conducen a Inglaterra e impedir el bloqueo de las islas. Y mientras toda Francia está sumida en el dolor y en la aflicción, mientras un inmenso hospital se extiende de N. a S. y de los Alpes al Atlántico; mientras los campos quedan yermos y la ruina avanza como una inundación..., los patriotas franceses leen en la prensa británica las reseñas de emocionantes partidos de foot-ball, de carreras de caballos, de matches de billar, de cricket y de tennis, de grandes partidas de caza, y de la animación con que han transcurrido las fiestas de Noche Buena y principio de año, y de que continúa haciéndose la vida normal y ordinaria, y que los negociantes conquistan nuevos mercados y aumentan los dividendos de las sociedades mercantiles.

Acabará esta guerra con el vencimiento de uno de los dos grupos de Potencias, o más probablemente con una paz inesperada y rápida. Probable es que antes de llegar a ella estalle la discordia y sobrevenga la disensión entre Francia con Rusia y la Gran Bretaña, y entre Rusia e Inglaterra, pero aunque el conflicto se aplase, no transcurrirá mucho tiempo sin que la política de Francia tome un camino radicalmente opuesto al seguido durante los últimos cuarenta años; Inglaterra volverá a ser para los franceses su verdadera enemiga, y comprenderán que antes que la pasión, ha de ser el interés nacional quien guíe las relaciones internacionales. En cuanto a Rusia, le volverá Europa las espaldas, y comprenderá demasiado tarde la candidez en que incurrió permitiendo primero que el Japón la derrotara apoyado por Inglaterra, y que luego Alemania la desangrara por haberla precipitado la Gran Bretaña en la guerra.

Esto es lo mejor que podría acontecer para los neutrales. Una Francia todavía poderosa, una Alemania potente, Rusia vuelta a ser nación asiática, e Inglaterra reducida a modestas proporciones y con su escuadra mermada, constituirían una situación que permitiría el desenvolvimiento pacífico de todos los pueblos, acabándose de una vez el triste espectáculo de que ningún pueblo débil sea dueño en su casa, y de que medio mundo tenga que trabajar para que una aristocracia dominadora y una plutocracia sin entrañas naden en la abundancia y satisfagan sus caprichos.

II. — Los Estados Unidos e Inglaterra

Tanto ha voceado la Gran Bretaña sobre las pretendidas intracciones, en parte reales, de las leyes internacionales cometidas por Alemania, que apenas queda tiempo y lugar a las más de las personas para advertir los verdaderos atropellos que lleva a cabo aquella nación. He aquí en pocas palabras lo que sucede.

Inglaterra pretende cerrar al comercio todos los puertos y fronteras de Alemania. Lo más sencillo sería bloquear eficazmente el litoral del mar del Norte, pero ello obligaría a mantener una escuadra poderosa de observación, y los submarinos alemanes no desean otra cosa. Preferible es tener los barcos guardados y lejos del peligro. ¿Cómo, entonces, impedir que lleguen a los puertos alemanes las mercancías de América o de los neutrales de Europa?

Muy sencillamente: basta que algunos barcos se sitúen delante del litoral americano del Norte y del Sur, en los caminos marítimos seguidos por las naves mercantes, y que otros barcos hagan lo mismo en el Atlántico occidental, delante de Europa, para que no pase barco sin ser visitado, y a menudo detenido y apresado, por los cruceros británicos. A la menor sospecha de que la nave lleve contrabando de guerra, y simplemente con que haya consignados géneros a la orden, los cruceros ingleses obligan a trasladarse a un puerto británico, causando incalculables perjuicios a los consignatarios y al comercio pacífico y legítimo de los neutrales. Nada importa que el barco salga de un puerto neutral y se dirija directamente a otro puerto neutral sin contrabando a bordo: ha de obedecer la orden y desviarse de su camino para perder días y semanas en investigaciones siempre inútiles, sin que nadie indemnice al armador y a los muchos interesados en el cargamento. No es raro el caso de que los mismos trasatlánticos, y ello ha sucedido con barcos españoles, que se dedican especialmente al transporte de viajeros, sean sometidos a los mismos procedimientos inquisitoriales y abusivos. Así protege Inglaterra a los pueblos débiles y pacíficos. Que se molesten todos, porque lo esencial es no enviar barcos de guerra a la vista de las costas enemigas, donde les amenazan serios peligros.

Los Estados Unidos no se encuentran en situación de sufrir con paciencia tales desmanes, y han dirigido a Inglaterra una nota enérgica y expresiva, conminándola a suspender esos procedimientos y a dejar en paz al comercio de aquella nación. Los términos de la nota son realmente desusados, por su vigor y la resolución que reflejan; pero como se trata de una Potencia poderosa, los ingleses, tan altaneros y poco pacientes, sostienen que la comunicación de Washington es amistosa y será examinada con buena voluntad.

Todos los neutrales hemos de estar agradecidos a esta gestión de los Estados Unidos, que al fin y al cabo no han hecho más que repetir, aunque con más energía, lo ya realizado con anterioridad en octubre y también por Italia, que hubo de protestar contra la conducta de los cruceros británicos.

Pero en el fondo de la nota en cuestión late otro sentimiento: la enemistad de los Estados Unidos contra una nación que está dando alientos y apoyo al Japón, enemigo natural de América, y el principio además de la revindicación de los Estados Unidos sobre todo el territorio de la América del Norte. Es decir, que el Gobierno de la Casa Blanca acaba de poner los primeros jalones de su futura política internacional, la tan conocida inspirada en la doctrina de Monroe, planteada ahora con más franqueza gracias a la apertura del canal de Panamá.

Si apenas debilitada la escuadra británica ya comienzan algunos países a atreverse con Inglaterra, ¿qué sucederá el día en que la potencia naval del gran Imperio esté reducida a la mitad? Mientras ocupa el poder y goza de la prosperidad, el poderoso tiene el respeto general, y los aduladores y falsos amigos le rodean; pero cuando pierde su fuerza y cae, le acompaña la rechifla general y hasta los más pequeños se aprestan a vengar los agravios que antes tuvieron que sufrir en silencio y con resignación.

Sólo escapan de esta ley inexorable los pueblos justos, y hasta ahora no conocemos ninguno que merezca este apelativo.

III.— Italia y Albania

Italia ha desembarcado un destacamento militar en Valona y va a extender, poco a poco y con habilidad, su acción sobre Albania. Esto comprueba lo que ya dijimos en la crónica anterior. Italia comprende que su porvenir está en el Mediterráneo, y aprovecha la situación en que se encuentran las demás grandes potencias, para llevar a cabo sus pensamientos de engrandecimiento. Pero al mismo tiempo refuerza su ejército y aumenta el peso que ha de echar en la balanza el día del reparto y del premio.

Los que todo lo quieren ver a través de determinado prisma, interpretan la actitud de Italia con respecto a Albania como síntoma inequívoco de que se ha puesto sin embozos al lado de los aliados; para justificar esta deducción argumentan de este modo: Albania molestaba a Serbia y Montenegro y bandas de albaneses armados habían realizado incursiones en las fronteras de aquellos dos reinos; luego si Italia interviene en Albania, beneficia a Serbia y Montenegro y por consiguiente a Francia e Inglaterra. El argumento es tan donoso como enrevesado, y prolongándolo un poco más lo mismo se podría deducir que Italia se ha aliado con Turquía, o con el Japón o con Abisinia. Pero la verdad requiere una aclaración: a raíz de la guerra de Bulgaria contra Serbia, Grecia y Montenegro, la Albania fué disputada por Serbia y por Grecia: la primera pretendía la anexión de la parte septentrional, con una porción de la costa, incluso Valona, mientras que Grecia sostenía que la mitad del S. le correspondía a ella. Por consiguiente, si Italia toma posesión de Valona, a quien perjudica desde luego en sus planes de expansión es a Serbia, y si se extiende hacia el interior y llega a dominar todo el país, arrebata para siempre a Grecia y Serbia los territorios que confiaban iban a caer en sus manos más tarde o más temprano. Y como Serbia y Grecia están al lado de Francia y de Inglaterra, es claro que Italia se ha puesto enfrente de ellas; así razonaríamos si fuésemos fanáticos, pero como somos neutrales y españoles, la consecuencia a que llegamos es muy diferente.

Italia hace y obra como le conviene a *ella misma*, prescindiendo de si perjudica a Francia o a Alemania.

Hay muchos pueblos en el mundo que no son Alemania, ni Francia, ni Inglaterra, y hay muchos y muchos intereses que tampoco son los de estas tres potencias. No tengamos la obsesión de creer que sólo hay dos órbitas de acción: la alemana y la francesa. Si todos fuésemos tan patriotas como son los italianos—para no poner como ejemplo a ningún beligerante,—no nos preocuparíamos tanto de Inglaterra, ni de Alemania, ni de Francia, sino de nosotros mismos, y nuestra conducta se inspiraría en la de Italia.

Cuando las pasiones se calmen y vuelva a reinar la paz, no serán aquellos pueblos que más simpatizaron con los vencedores los más respetados y atendidos, sino aquellos otros que mejor supieron atender a sus propios intereses. El que abandona los ne-

gocios de su casa y se mete en la del vecino para halagarle y ofrecerle unas simpatías que no necesita, sólo se hace digno del desprecio y de la burla.

F. LARÍN.

CÓMO SE HUNDIÓ EL GNEISENAU

He aquí algunos interesantes detalles transmitidos por telégrafo desde Montevideo, donde arribó parte de la flota del almirante Sturdee, después de la batalla de las Malvinas:

«Cuando el *Gneisenau* se fué a pique había agotado las municiones, y sus oficiales y marineros estaban en el puente cantando himnos patrióticos, hasta que el barco desapareció bajo las aguas. No obstante, muchos oficiales y marineros fueron salvados, entre ellos el capitán del *Gneisenau*. Todos han sido tratados muy bien por los ingleses, que expresan la más alta admiración por la pericia, el valor y las cualidades combatientes de sus enemigos. Los prisioneros han sido enviados a Inglaterra. Cuando el *Gneisenau* se hundía no pidió cuartel, a pesar de que los barcos británicos hacían señales de que salvarían a todos los hombres que quisieran abandonar el barco.»

«Al cabo de una hora de fuego, el *Schanhorst* comenzó a escorar. El *Canopus* señaló con banderas que cesaría el fuego y botaría las chalupas al agua para salvar a la dotación alemana, pero la réplica del almirante von Spee consistió en una última andanada de sus cañones aún útiles. El agua iba entrando en el barco, su popa se hundió cada vez más y la proa se levantó de pronto y se hundió bajo las olas. Todos los hombres se mantuvieron en sus puestos hasta que el mar cubrió el barco. Nadie se salvó. El almirante se hundió con sus hombres.»

«Instantáneamente los barcos británicos concentraron su fuego sobre el *Gneisenau*. Este crucero combatió más de dos horas, avanzando y retrocediendo con gran rapidez, con la esperanza de substraerse al tiro de los ingleses; pero éstos no cesaron de batirle. Sus torres quedaron inútiles, y paseó por el mar con sus grandes cañones silenciosos, continuando con las piezas del puente el fuego, aunque ellas nada podían hacer contra el tiro de los ingleses. Antes de hundirse el *Gneisenau*, no pidió cuartel; los barcos británicos le señalaron que salvarían a todos los hombres que desearan salir del crucero, pero todos siguieron en sus puestos. Dos barcos carboneros que acompañaban a la flota alemana rehusaron la rendición y prefirieron irse a pique.»

Por su parte el almirante Sturdee ha dicho:

«Antes de que pudiéramos entablar el combate tuvimos que marchar detrás del enemigo seis horas. Cuando los alemanes vieron que no podían escapar, aceptaron el combate. El *Schanhorst*, barco almirante, se fué a pique a la una de la tarde. El último de los barcos alemanes no se hundió hasta las seis.... No hemos podido capturar a ninguno de los barcos enemigos, porque rehusaron rendirse y se fueron al fondo con centenares de personas. Los alemanes combatieron bravamente; se fueron a pique con las banderas desplegadas y sus dotaciones formadas sobre los puentes de los barcos.»



Los emperadores de Alemania regresando desde el templo a palacio, el día siguiente a la declaración de guerra

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Una lección de estrategia.

(El señor A.)—Dígame V., don Subrio, V. que lo sabe todo, Napoleón ¿ganó alguna victoria?

— No sé tantas cosas como V. cree, pero algo más que los estrategas de la clase de rapa-papeles que andan por esos mundos, creo que sí, sin modestia sea dicho. Y en cuanto a su pregunta, ¿la formula V. en serio?

(El señor A.)—Y muy en serio. ¿Fué Napoleón uno de los grandes maestros de la estrategia, sí o no?

— ¡Claro es que sí!

(El señor A.)—Y el arte de la estrategia ¿no consiste en retirarse siempre?

— ¿Sabe V. lo que dice, señor A.?

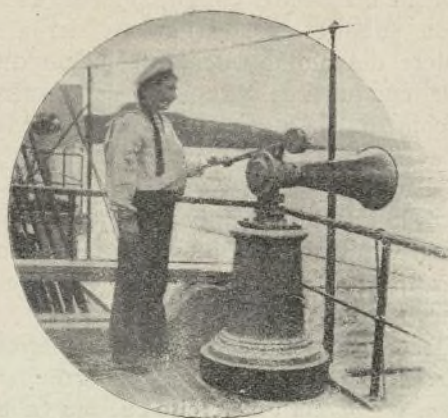
(El señor A.)—¡Verá V., don Subrio! Desde que ha comenzado la guerra, las únicas veces que he visto empleada la voz estrategia ha sido para justificar una retirada: por razones estratégicas se retiraron los franceses de Lorena y los aliados de Bélgica y el N. de Francia; por culpa de la misma estrategia retrocedieron los alemanes al Aisne; los austriacos evacuaron estratégicamente Serbia y Galizia; y los rusos están haciendo de esta estrategia un uso extraordinario y no se les cae de la boca. He de deducir, por consiguiente, que la estrategia sólo sirve para retirarse.



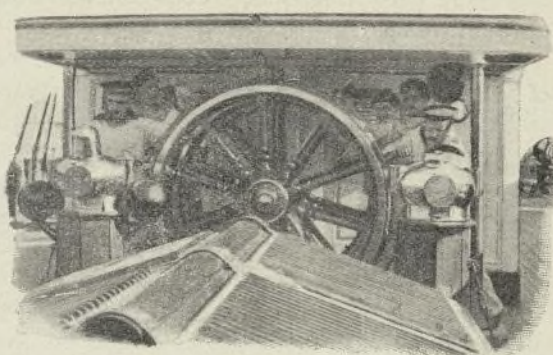
Destacamento belga, con una ametralladora, cerca de la línea de fuego



Coronel general von Heeringen, comandante en jefe de uno de los ejércitos alemanes



La sirena en un crucero ruso

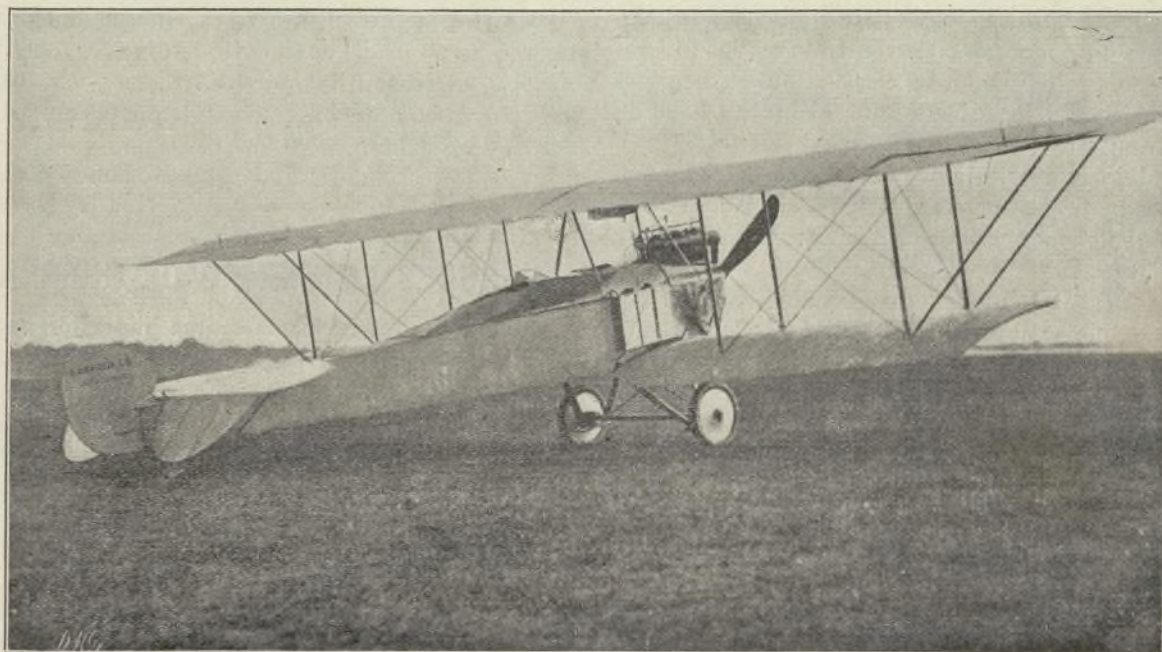


Casilla del timonel en un crucero ruso

—No le falta a V. razón, señor A., pero hay que distinguir: se conocen tres clases de estrategia: la primera sirve para ganar las batallas; la segunda para no perderlas cuando si se empeñaran conducirían a una derrota segura; y la tercera se maneja con la pluma y se utiliza como una hoja de parra. A esta última es a la que V. se refiere.

(El señor B.)—¿A cual de estas tres clases de estrategia corresponde el bombardeo de los puertos ingleses por los barcos alemanes?

—Esa es una estrategia inventada en el siglo XX. Antes, en los tiempos ominosos y bárbaros, se atacaban los ejércitos y se dejaba en paz a los pueblos. Ahora, los ingleses cuentan, para acabar la guerra, con hacer morir de hambre a los ancianos y a las mujeres y niños de Alemania, género de muerte que se distingue por su dulzura y por su humanidad. Y los alemanes, poseidos de ese furor huno, con h, que les caracteriza, quieren hacer morir a las mujeres, niños y hombres, lo mismo ancianos que jóve-



Biplano militar alemán, tipo Aviatik

nes (porque los jóvenes tampoco han ido a la guerra) que son súbditos de la caritativa y tierna Albión, valiéndose del plomo y del hierro. ¡Que diferencia entre la conducta de los unos y de los otros! ¿Se puede comparar la muerte por hambre con la muerte por la explosión de una granada?

(El señor B.).—¿Es lo mismo avanzar que progresar? Si es lo mismo no entiendo los partes de los aliados: progresan todos los días y no se mueven nunca del mismo sitio, a menos que de él los echen los alemanes.

—Efectivamente, no es lo mismo progresar que avanzar: avanza una tropa cuando gana terreno al enemigo, y progresa un ejército cuando va mejorando su instrucción, su eficiencia guerrera, sus elementos de combate, su preparación marcial, en una palabra. Por eso los aliados dicen, con razón, que progresan, pero se abstienen cuerdamente de afirmar que avanzan.

(El señor B.).—Ahora me lo explico todo, como decía el otro. ¿Las escuadras sirven para ganar las batallas o para que aumenten las contribuciones? Si es lo primero ¿porque la flota británica, tan inmensamente superior a la alemana, no ha aceptado el reto que repetidamente le ha lanzado la segunda?

—También hay que distinguir, señor B.; unas escuadras sirven para combatir y hundirse en el mar si es menester, pero otras sirven para intimidar a las gentes pusilánimes. Con todo, no olvide V., que estas últimas escuadras también se batirán, y lo harán bien, si pueden hacerlo en la relación de tres o cuatro contra uno.

(El señor B.).—¿Fué verdad aquello de los morteros de 420 milímetros?

—Pregúnteselo V. al general Lemán, que aun está quebrantado por haber estallado cerca de él una de las granadas de aquellas piezas.

(El señor B.).—Pues si existen, ¿qué hacen?

—¡Cuidado, que yo no digo que existan, sino que se lo pregunte V. al general Lemán, defensor de Lieja; existían hace tiempo; ignoro si todavía viven.

(El señor A.).—V. ha entendido, don Subrio, aquella estrategia especial de los ingleses, por virtud de la cual cedieron todo el territorio belga a los alemanes, sin oponerse a ello, y cuando ya los invasores lo tenían dominado, se empeñaron en echarlos a viva fuerza? ¿No hubiera sido mejor no haberles dejado entrar.

—Mejor y peor. Mejor para los belgas, pero peor para los ingleses, porque los que llevan el peso de los combates enderezados a expulsar al invasor son los franceses.

(El señor B.).—¿Qué ventajas reportaron los belgas de oponerse al paso de los ejércitos alemanes?

—¡Muchísimas! Dejando el paso franco a los ejércitos del Kaiser, los belgas ni hubieran perdido su independencia ni sufrido apenas las molestias de la guerra, pero oponiéndose a él han deparado a los alemanes la ocasión de hacer una guerra de conquista y de quedarse con todo el territorio, en lugar de pasar por él como sobre ascuas. ¿Le parecen a V. pocos beneficios

(El señor B.).—Pero ¿esa ventaja habrá sido para los alemanes!

—¡Naturalmente! ¿Aun no sabía V. que Bélgica y Alemania estaban de acuerdo? Por lo menos así

parece que se comienza a creer ultra-Mancha o Manga, que de ambos modos se dice, y que por esto habrá que pedir una indemnización a Bélgica; si no hubiera sido la torpeza de Bélgica no estarían a estas horas los alemanes a orillas del famoso canal.

(El señor A.).—¿Hay alguna noticia relacionada con la estrategia?

—Sí, la de las últimas victorias de los aliados.

(Los señores A. y B.).—¡Hable V. de una vez!

—Al Kaiser se le ha vuelto el pelo blanco, y hasta el bigote parece que está menos enhiesto: en Berlín reina un silencio trágico, como señal de dolor por las derrotas de los rusos; las puertas de Silesia y de Posnania están abiertas para el que quiera entrar por ellas, en calidad de prisionero. El fracaso de los alemanes es evidente, porque no han llegado a París, ni a Londres, ni a Petrogrado, ni siquiera a Varsovia; entre paréntesis ya sabrán Vds. que ni Berlín, ni Viena, ni Belgrado tienen ninguna importancia estratégica.

(El señor A.).—¿Tampoco la tienen Bruselas ni Amberes?

—¡Qué disparate! La única población de alguna importancia, por supuesto, mientras no lleguen los alemanes a ella, es Calais.

(El señor B.).—¿Es verdad que el Kaiser entrega a todos sus soldados proclamas y órdenes en que declara que si no llegan a algún punto inaccesible está perdido y derrotado el Imperio?

—¡Y tan verdad! ¡Como que querían someterle a los tribunales por sus propagandas sediciosas! Los alemanes derrotan a los rusos en Lodz, pongamos por desastre, y enseguida el Kaiser manda distribuir en sus tropas unos papelitos en que dice que si no llegan a Moscú aquella misma noche la guerra ha quedado perdida; como es natural, si el Kaiser lo declara así, ¡figúrense Vds. cuán grande no será la alegría de los aliados!

(El señor A.).—¿Incluso de los rusos?

—Los rusos sólo se alegran cuando colocan algún empréstito en Francia.

(Los señores A. y B.).—De modo que según la estrategia ¿es indudable la victoria de los aliados?

—Ciertamente; el Kaiser espera que mejore el tiempo para que el general Hindenburg se traslade a Francia y fracase allí como ha fracasado en Rusia; así todos quedarán contentos y a la misma altura: los del E. y los del O.

SUBRIO ESCÁPULA.

LONDRES EN TIEMPO DE GUERRA

Siempre es difícil formarse una impresión exacta de Londres. Es tan varia su actividad y tan grande, que no se presta a resumirse en una sola «nota». Lo que es verdad de una calle es falso de la siguiente; y dos casas inmediatas, pueden ocultar familias tan diferentes entre sí como el cabo Martín y el cabo de Hornos, exactamente lo mismo que sucede con sus fachadas. Esta infinita variedad, que tanto se parece a la brumosa atmósfera de la capital, persiste en todas circunstancias y es tan difícil contestar a la pregunta:

«¿Cómo es Londres en tiempo de guerra?», como lo sería si se preguntara cómo es en tiempo de paz.

Ha cambiado ahora profundamente, pero queda la misma de siempre.

Durante el día hay en el West-end—la «ciudad» como la llamaban nuestros antepasados—dos signos superficiales que sólo advierten los que conocen a fondo la ciudad. Las calles están llenas de tráfico.

Parece que hay (aunque sabemos que no es verdad) tantos autobuses y automóviles como de costumbre; los carros del comercio se cuentan a millares. Las calles están llenas de gente, que miran los escaparates de las tiendas, con el propósito aparente de comprar algo. A la hora del almuerzo, están igualmente llenos los restaurantes; a la hora del té, los teatros y cafés-conciertos rebosan de público. Se ven muchos franceses por las calles; pero esto no es una cosa excepcional en una ciudad cosmopolita como Londres. La vista de un soldado francés o belga despierta siempre la curiosidad, pero los londinenses se han acostumbrado a la vista de uniformes extranjeros. Los centros de actividad, como la casa de la Cruz Roja en Pall-mall, el comité de refugiados de la guerra en Aldwych, las oficinas del servicio del voluntariado en Belgravia, son pocas y aparte. Antes de que comience a darse cuenta de lo que ocurre por debajo de la superficie, puede perdonarse al observador que crea que todo sigue como antes, salvo la abundancia de uniformes kaki y los boletines y anuncios de reclutamiento.

En todos los autos y coches de alquiler, en todos los cristales de las tiendas, en todos los edificios públicos, aparecen los anuncios de reclutamiento invitando a alistarse. Estas invitaciones llenan los muros de los grandes almacenes y hoteles, y la base de la columna de Nelson está materialmente cubierta por ellas. Y por todas partes uniformes de kaki. Largas líneas de kakis silbando o cantando por la calle de Oxford o Picadilly. Los parques están llenos de kakis en instrucción, aunque no hay trincheras ni los campos son destruidos; pero el trabajo de las trincheras se practica detrás de la catedral de Westminster, gran número de caballos se ven en el parque Green, los cañones pasan por la ciudad a través de las tranquilas calles camino del bosque de San Juan; y en los Inns de la Court, en las grandes plazas de Bloomsbury, en todos los lugares abiertos, se oye la voz del sargento instructor. Las estaciones del subsuelo están guardadas por soldados. Entre 1 y 2 de la tarde, por Whitehall y Pall-mall, se pasean innumerables kakis con lazos amarillos en la gorra, cintas rojas y todas las combinaciones imaginables de lazos y de medallas; los kakis sin tales adornos se encuentran en todos lados, en las aceras, en los omnibuses, en el restaurant y en la iglesia.

Por la noche el cambio es más profundo. En tiempo de paz, apenas anochece, la llegada del invierno da motivo a una verdadera explosión de luces. En tiempo de guerra la iluminación es menor, porque hay una posibilidad de peligro. En las calles y en los escaparates de las tiendas las luces son pocas y ocultas. Si los aviones enemigos quieren encontrar el camino de Londres, es menester que nosotros no les facilitemos el viaje; y nos hemos de poner en salvo, nosotros mismos, cerrando los establecimientos públicos a las diez de la noche. Desde que el gobierno puso mano en esto, lo mismo que en la venta de

vinos y licores en los clubs y restaurantes, y en todas partes menos en las habitaciones privadas, Londres ha dejado de ser una ciudad de placeres. Los teatros cierran sus puertas todo lo antes que pueden; ya no hay cenas nocturnas en los grandes hoteles; los clubs de noche están cerrados. Sin embargo, parece extraño que las calles continúen llenas de paseantes. El público parece que no se cansa de pasear y de ir y venir de un lado a otro, mirándolo todo y no apartando su vista de los haces luminosos de los proyectores. Lo más extraño de todo, tal vez, es que esas calles oscuras y las noches interminables no hayan ofrecido ocasión para que los crímenes menudeen.

El pueblo mantiene el orden; los criminales, así nos lo aseguran los que los conocen, son demasiado patriotas para aprovecharse de las necesidades de la nación. Hay menos delitos ahora que en los días de la paz.

Londres no es una ciudad que se emociona, y le gusta, como siempre, conmovirse lo menos posible. Nuestros soldados que regresan del campo de batalla, quedan sorprendidos de vernos lo mismo que antes, y algunos de los que han estado en París se muestran algo impacientes con el aspecto de Londres en tiempos de guerra.

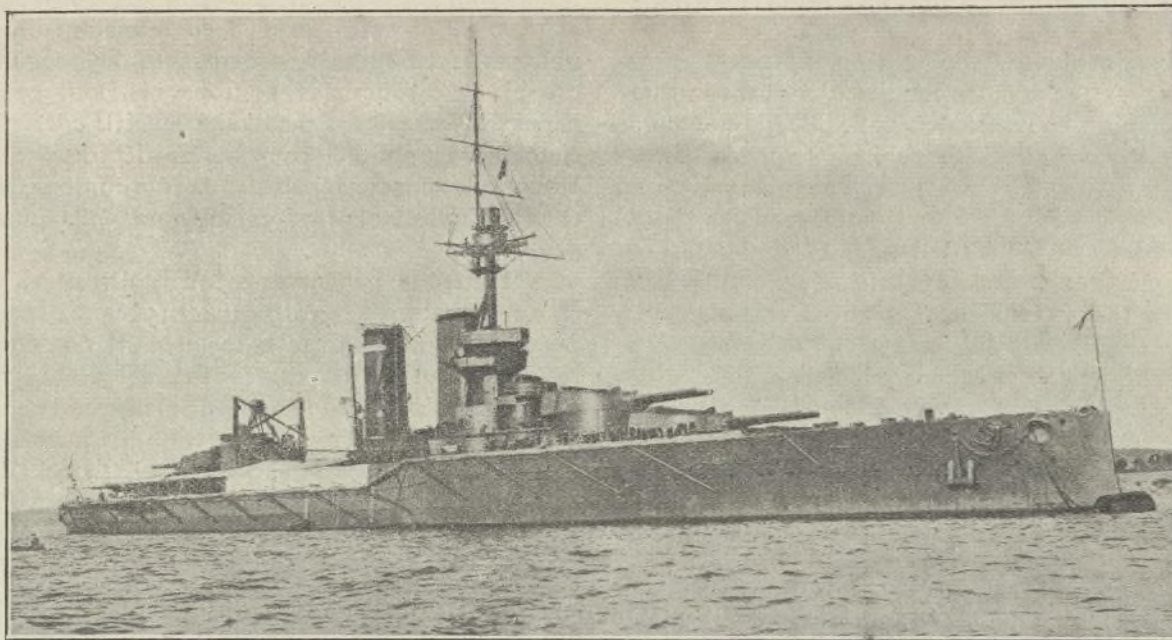
Pero el que mira las cosas menos superficialmente, no tarda en descubrir que ha habido profundos cambios en los espíritus. Bastará dar unos pocos detalles. Las mujeres todavía se estacionan ante los escaparates de las tiendas, en los que se muestran los sombreros y trajes, pero no apartan sus miradas de las fotografías de la guerra que hay detrás de los cristales. En los clubs abundan los manjares y se bromea y se ríe; pero las bromas y las risas revisten un carácter más grave. Hay, desde luego, mucha gente—gente que no tiene parientes ni amigos en la guerra, gente sin imaginación o sentimientos, gente que no ha padecido en su bolsillo ni en sus afectos—que vive tan ociosa y tranquila como en otros días. Para ella, la guerra es una cosa molesta y enojosa, y la caridad es algo innecesario. Pero los tales no cuentan para mucho. Su conducta queda ahogada por el nuevo espíritu que Londres, de una manera perfectamente inglesa, trata de ocultar lo mejor que puede. Si las grandes tiendas continúan abiertas y están llenas, los negocios radican sobre todo en compras para los soldados y golosinas para las tropas. El teatro, pagando la mitad de los sueldos y cobrando por las localidades poco más de la mitad de los tiempos normales, apenas consigue mantener abiertas sus puertas, gracias principalmente a nuestros soldados. Para convidar a los soldados se suele ordenar una comida extraordinaria, bien en casa o en un restaurant. Para agasajar a los soldados antes de su partida, subsisten principalmente todavía tales placeres en Londres. Las galerías de pintura están abiertas para facilitar la recaudación de fondos con destino a la Cruz Roja o a los belgas. La música continúa para no perjudicar a los músicos. Nadie se substraе al trabajo ni a la abnegación.

La sobriedad y la privación se imponen a muchos, quieran o no quieran, porque no pueden seguir llevando la misma vida que hace seis meses. Pero esto se nota poco en las casas principales de Londres. En tiempo de paz, al llegar el otoño el West-end tiene todas las ventanas cerradas y las



Una carga de cosacos en la batalla de Lodz

Dibujo de J. Castillo

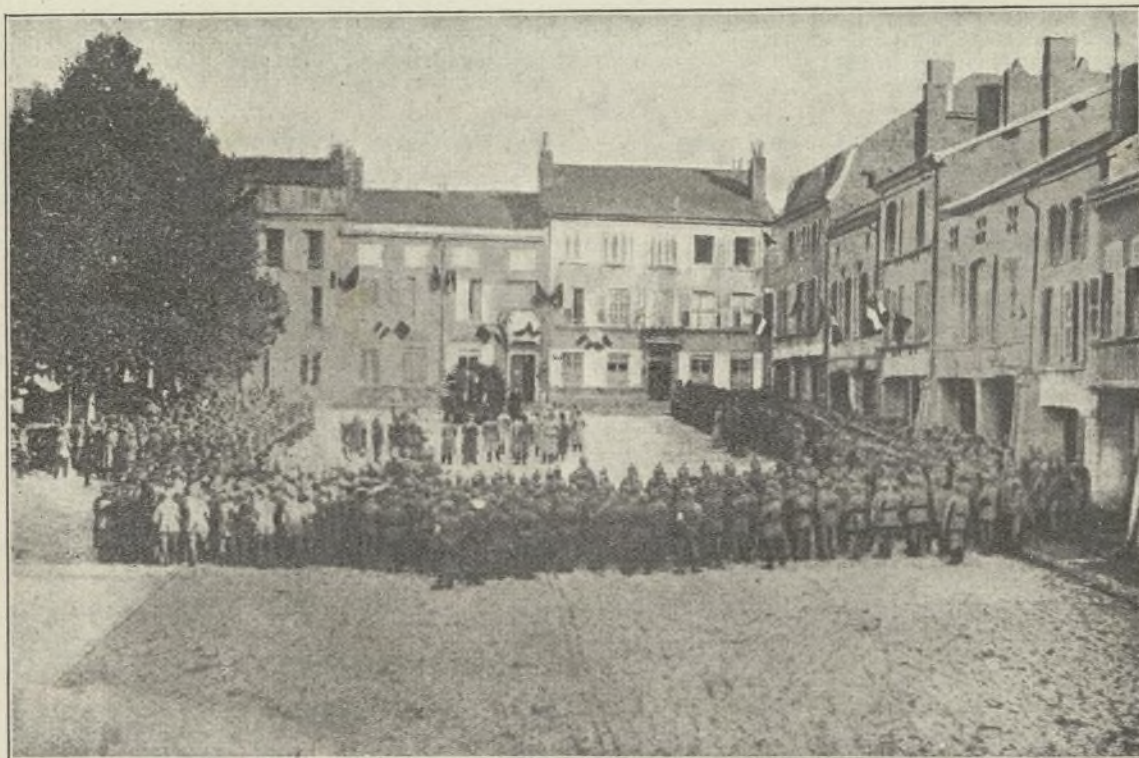


El super-dreadnought británico «Audacious», echado a pique al N. de Irlanda, por la explosión de un torpedo fondeado

puertas con cadenas. Este año, los ocupantes han permanecido en Londres todo el mes de agosto, y aquellos dichos meses que se acostumbraba a pasar en la montaña, cazando, han transcurrido en la capital para poder conocer enseguida las noticias de la guerra y acudir a prestar la ayuda que fuese necesaria. En cierto modo, esto ha favorecido al comercio de Londres; no obstante, es bien sabido que los negociantes que más han sufrido con la guerra han sido los de la calle Bond-street dedicados a objetos de fantasía y artículos de lujo. No ha habido pedidos de trajes de fantasía, ni de sombreros caros, ni de joyas, ni de porcelanas. Hasta el mismo comercio de golosinas ha tenido grandes quebrantos. En las grandes casas la economía ha sido llevada a un extremo exa-

gerado, de orgullosa ostentación; la reducción en los gastos ha tenido por objeto facilitar al propietario el envío de algún cheque a los fondos de calamidades o comprar otro automóvil en Francia o Bélgica. Ya no hay bailes ni grandes reuniones; no hay banquetes según el viejo estilo. Unicamente se recibe a un corto número de amigos, a los que se avisa por teléfono. Y aun estas reuniones van escaseando, porque la lista de honor (la relación de muertos en campaña) va aumentando diariamente la tristeza. Donde quiera, no hay más que un tema de conversación: la guerra, esta guerra que está destrozando al mundo y que no cesa de atormentar nuestros oídos.

(De *The Times*)



Una función religiosa celebrada por los alemanes en una plaza de Estenay

Ayuntamiento de Madrid

LOS COMANDANTES DE LOS EJÉRCITOS RUSOS

He aquí algunas noticias biográficas de los generales rusos que mandan los ejércitos que combaten en Polonia y en las fronteras de la Prusia oriental:

I ejército: general Rennenkampf, general de caballería (teniente general) nacido en 1854; ingresó en el servicio en 1870. Desde 1913 mandaba el distrito militar de Vilna (Relevado).

II ejército: general de caballería Sujomlikov, nacido en 1848, entró en 1865 en el regimiento de uhlanos de la guardia, estuvo en las campañas de 1877 y 1878 agregado al cuartel general, jefe de Estado Mayor de la circunscripción de Kiev, comandante de distrito de Kiev durante la guerra ruso-japonesa y luego jefe del Estado Mayor general y finalmente Ministro de la Guerra.

III ejército: general de infantería (teniente general) Ruszki, nacido en 1864; ingresó en el regimiento de granaderos de la Guardia en 1870, fué herido en la campaña de 1877-78, jefe de Estado Mayor de la II división de caballería y del distrito de Vilna, jefe de Estado Mayor del I ejército en la guerra ruso-japonesa, comandante del XXI cuerpo de ejército, y 2.º jefe del comandante en jefe del ejército de Vilna.

IV ejército: general de infantería barón Salza, nacido en 1843, entró en 1862 en el batallón de cazadores de la Guardia, tomó parte en la campaña del Cáucaso en 1863, en la guerra turco-rusa de 1877-78, en la del Turkeistán, mandó la 24 división de infantería, y durante la guerra ruso-japonesa estuvo al frente de la primera división de infantería de la Guardia en San Petersburgo hasta que fué destinado a mandar el XXII cuerpo de ejército en campaña: últimamente mandaba en jefe el distrito militar de Kazán.

V ejército: general de caballería von Plehve, nacido en 1850, entró en 1868 en el regimiento de uhlanos de la Guardia, comandante de la segunda división de caballería de las tropas del Don, gobernador de Varsovia, comandante del XIII cuerpo de ejército, segundo del comandante del distrito de Vilna, comandante del distrito de Moskú, tomó parte en la campaña de 1877-78, pero no en la guerra ruso-japonesa.

VIII ejército: general de caballería Brusilov, nacido en 1853, entró en 1871 en el 15 regimiento de dragones, comandante de la segunda división de caballería de la Guardia, comandante del XIV cuerpo y luego del XXII, ha tomado solamente parte en la guerra de 1877-78.

IX ejército: general de infantería Letschiski, nacido en 1856, entró en 1877 en un cuadro de un batallón de reserva, pasó a las tropas siberianas, tomó parte en la guerra de China de 1900-901 como jefe del primer regimiento de cazadores siberianos, en la guerra contra el Japón fué jefe de la primera brigada de infantería de la sexta división de cazadores siberianos, luego comandante de esta división, enseguida comandante de la primera división de infantería de la Guardia, comandante del XVIII cuerpo de ejército, y comandante del distrito de Priamur.

X ejército: general de infantería von Sievers, nacido en 1853, entró en un regimiento de la Guardia en 1871, fué jefe de estado mayor de la división de granaderos del Cáucaso, del VII cuerpo de ejército y del XVIII, comandante de la 27 división de infantería, jefe de estado mayor del distrito de Vilna, comandante del XVI cuerpo de ejército y luego del X, ha tomado parte en las guerras contra Turquía y contra Japón.

CRÓNICA MILITAR

I. Las fuerzas militares de los beligerantes.—II. La duración de la guerra.—III. Ojeada general sobre la situación militar en el teatro de la guerra del Este y sobre los propósitos de los beligerantes.—IV. La pérdida del «Formidable».—V. situación militar el 7 de enero

I.— Las fuerzas militares de los beligerantes.

Habrán observado mis lectores el silencio que vengo guardando sobre los efectivos armados de que pueden disponer las naciones beligerantes, así como acerca de la distribución y empleo de los mismos en los diferentes teatros. Nunca las guerras se han resuelto por la fuerza del número exclusivamente, y ahora menos todavía que antes. Lo esencial no es el número de hombres, sino el número de soldados, es decir, de individuos que sobre una completa instrucción militar posean una disciplina consciente, y estén animados del firme deseo de vencer, y vean en sus generales, jefes y oficiales verdaderos superiores, en la plena acepción del vocablo. Las muchedumbres armadas que no reúnen aquellas condiciones sólo pesan eficazmente en la balanza de la guerra cuando la desproporción numérica es enorme, cosa que no acontece en el conflicto actual.

Es tan evidente el hecho de que Alemania guarda en el interior del Imperio una reserva de dos millo-

nes de hombres, o acaso más, que sus mismos adversarios han acabado por reconocerlo. Y como Francia está agotada en este concepto y en Inglaterra el reclutamiento voluntario no ha dado los resultados que se esperaban, las miradas se vuelven a Rusia, que posee un depósito inagotable de reclutas.

Más de la mitad de los mozos comprendidos en el alistamiento anual, en Rusia, no reciben la instrucción militar, por lo que resulta difícil nutrir el ejército con hombres de aquella procedencia, toda vez que la edad de treinta o cuarenta años no es la más apropiada para aprender la instrucción ni adquirir los hábitos y el espíritu militar. Las reservas de Rusia, comparadas con las de Alemania, no están en la misma relación que las poblaciones absolutas de los dos imperios: en Alemania se cuentan por decenas de millares los mozos que dejan de recibir la instrucción militar al ser alistado el remplazo a que pertenecen, y en Rusia ascienden a centenares de millares. De donde se deduce que Rusia está imposibilitada de llamar a las armas a los veinte o veinticinco millones de hombres con que cuenta. En tér-

minos generales, su ejército en pie de guerra es igual a una vez y media el alemán, y hasta dentro de año y medio, probablemente dos años, no podrá aumentar en su favor este desequilibrio. Para ello habrá de echarse mano de hombres que desconocen por completo el servicio militar, y la calidad se mantendrá muy por debajo de la cantidad.

Las reservas en hombres de Alemania permiten llamar a filas a cerca de diez millones de soldados; pero no hay que contar con ellos para resolver la guerra. El verdadero ejército, el capaz de sostener la guerra, no asciende a más de tres millones o tres y medio; de un modo análogo, los rusos podrán alistar a cinco millones, seis lo más; el exceso sobre este número podrá ser utilizado en guarniciones en el interior, y en servicios diversos, pero no en operaciones activas de campaña.

Pero Rusia se encuentra en una situación muy desfavorable, comparada con todas las demás naciones beligerantes. Las industrias nacionales no bastan a proveer al ejército del material que necesita; no hay fusiles ni cañones para tantos hombres, ni medios para abastecerse en otros países, por estar cortadas las comunicaciones con sus aliados de Europa. Las copiosas pérdidas de cañones y fusiles, automóviles, ametralladoras y carruajes de todas clases, que los rusos han sufrido hasta ahora, tienen mucha más gravedad que las padecidas por Francia, Alemania, Austria e Inglaterra. En material de artillería, sobre todo, Rusia es débil. Si la campaña sigue quebrantando a los rusos como hasta aquí, pronto faltará material de guerra y se resentirá el vigor de las operaciones. De este peligro están exentos los demás ejércitos de los dos bandos. La deficiencia se notaría más todavía si Rusia consiguiera rechazar a los alemanes y emprendía la invasión de Silesia, porque en la campaña defensiva que éstos emprenderían con el apoyo de sus plazas fuertes, le sería indispensable, al invasor valerse de bastimentos en número muy superior al que posee.

Para que la guerra pueda resolverse por la fuerza numérica es menester que casi todo el ejército alemán de primera línea o el ruso de la misma clase sean destruidos, y tal como se desenvuelve la guerra han de pasar aún muchos meses, quince o veinte para que se presente esta eventualidad. En tan largo plazo es de esperar que otras circunstancias traigan antes la deseada paz.

Que la guerra no se decide por el número lo está demostrando la campaña en el teatro del Este. Según los críticos militares ingleses, a los que no podrá acusárseles de parcialidad alemana, tienen los rusos en las fronteras de Prusia, en Polonia y Galizia un millón o millón y medio de hombres más que los austriacos y alemanes reunidos; sin embargo, no han obtenido una sola victoria digna de este nombre sobre los alemanes, y aunque han derrotado seriamente a los austriacos, también han sido vencidos por ellos y no han podido apoderarse de una sola plaza fuerte. Y la ventaja de un millón o millón y medio de hombres, cuando el efectivo del enemigo no llega a tres millones, es de gran consideración y nunca alcanzada en las guerras de los tiempos modernos.

Por consiguiente, aconsejo a mis lectores que prescindan de cifras más o menos fantásticas para

fundamentar sus juicios. El valor de los ejércitos jamás se ha medido por el peso, antes bien, en caso de derrota suele ser más un estorbo que un beneficio. Sin necesidad de estampar números fabulosos para ponderar el poderío de Rusia, cabe hacer el elogio de aquel ejército, sin más que recordar que está desarrollando brillantemente su campaña contra Austria, a pesar de ser bravas y bien instruidas las tropas austriacas y poseer un material de guerra tan bueno como el mejor.

II. — La duración de la guerra

Llevamos cinco meses de campaña y aún no se vislumbra su terminación, ni siquiera algo que indique claramente hacia qué lado se inclinará el éxito. Es natural que la opinión pública de todo el mundo, y más aún en los países interesados, se impaciente, y anhele que ocurran hechos decisivos que precipiten los acontecimientos; pero de ésto a censurar a los cuarteles generales, motejándolos de incapaces e irresolutos, y proclamar que éstos o aquéllos han fracasado, media un abismo. Ni ha habido tales fracasos, ni hay tal incapacidad, ni nadie, en justicia, puede afirmar que esta guerra, por su larga duración, ha defraudado lo que generalmente se esperaba.

Han entrado en lucha las cinco potencias militares más fuertes del mundo, preparadas de largo tiempo, hasta en sus más mínimos detalles, con territorios organizados lo mismo para una acción ofensiva que para oponerse a la invasión del enemigo; se habían estudiado lo mismo las eventualidades favorables que las adversas; y a ninguna de aquellas han sorprendido las hostilidades; en estas condiciones, ¿es lógico pretender que en medio año uno cualquiera de los dos bandos se confiese vencido y se entregue a merced de su rival, para desaparecer como gran nación y ver arruinados su comercio y su industria, cegadas las fuentes de prosperidad y desvanecidos para siempre sus sueños de engrandecimiento?

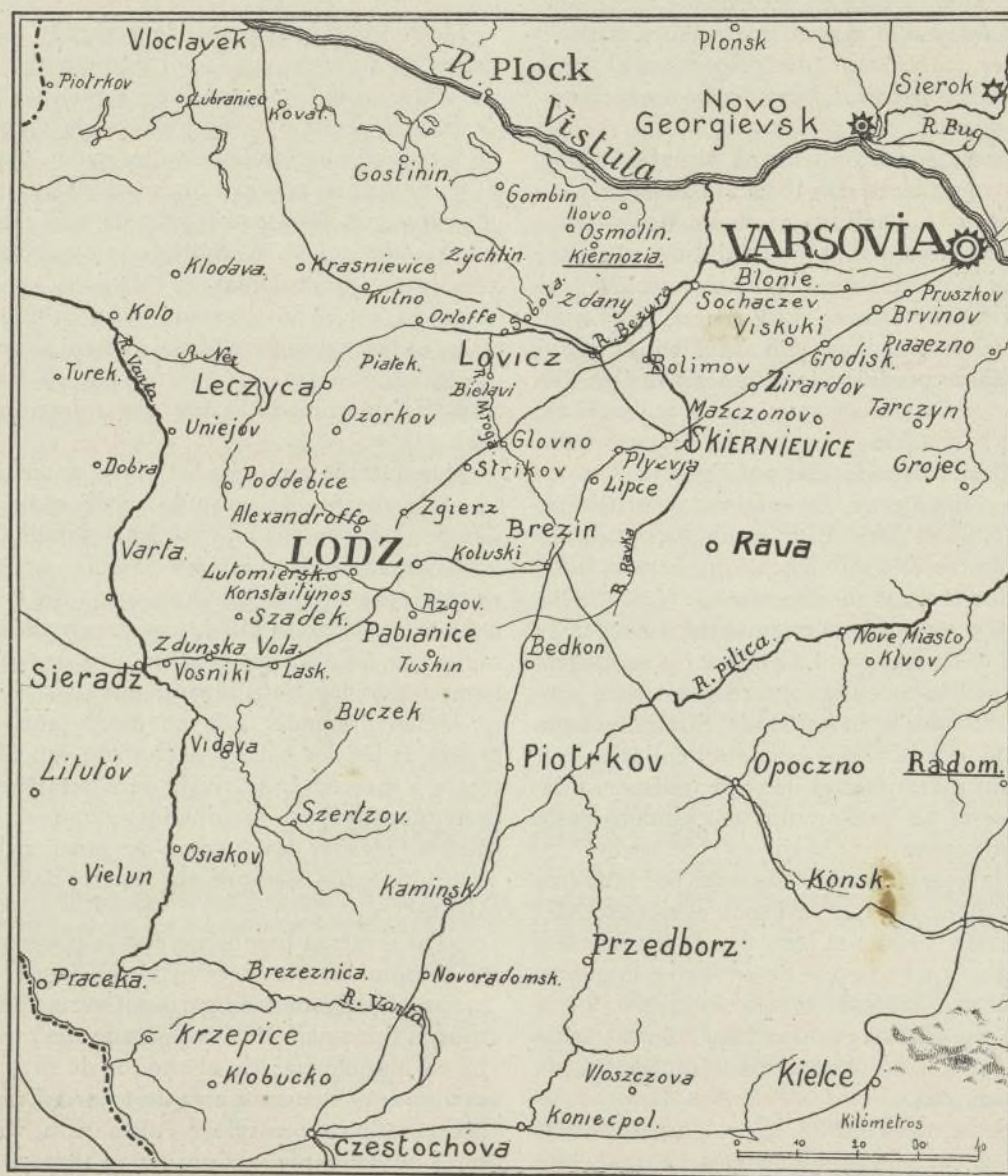
¿Tardó acaso menos tiempo la poderosa Inglaterra en dominar a los débiles boers? ¿Fue más corta la campaña de Serbia, Bulgaria y Grecia contra la descuidada Turquía? ¿No duró más de año y medio la lucha en Manchuria? En el choque de 1870, siete meses necesitó Alemania para derrotar a Francia. Más tiempo hubo de emplear Rusia para vencer, con ayuda de Rumanía, a Turquía en 1877-78. La campaña de Libia, la del oriente de Marruecos, tuvieron ocupada la atención de Italia y Francia años enteros. En Crimea se batalló meses y meses. Los únicos ejemplos de campañas de corta duración son las de Dinamarca, 1859 y 1866. Y ahora que se disputa el dominio del mundo y la existencia de varios pueblos, ¿sería posible que en pocos meses se llegase a la solución final?

A los que arguyen, y son muchos, que la nación A o B estaba preparada y que por consiguiente era lógico esperar que alcanzara rápidamente su objetivo, bastará que se les recuerde que si los unos estaban dispuestos, no menos prevenidos se encontraban sus adversarios, de suerte que el fracaso es común a todos. Pero no hay fracaso, ni siquiera cabe hablar de dilaciones.

En cinco meses, Alemania ha conquistado un reino — Bélgica — y, lo que es más laborioso y notable, lo ha organizado para una doble campaña ofensivo-defensiva, reparando la red de ferrocarriles y carreteras, reedificando los fuertes destruidos y construyendo otras defensas nuevas; ha conquistado más de una docena de fortalezas, entre ellas la de Amberes, la más importante del mundo; se ha establecido sólidamente en el N. de Francia; ha derrotado decisivamente a los rusos que invadieron la Prusia oriental; y llevado la guerra lejos de sus fronteras del E.

que no ha podido todavía apoderarse de ninguna plaza fuerte, mantiene en jaque a los austriacos y ha conseguido poner su planta en los Cárpatos y adueñarse de la parte llana de la Bukovina. En Polonia ha sido derrotada, pero no vencida ni puesta fuera de combate, y ha vuelto a reconstituir su ejército frente a la Prusia oriental.

Francia, derrotada en las primeras semanas, ha cobrado nuevos bríos y lucha desesperadamente para arrojar al invasor, manteniéndose en sus posiciones y aun llegando a internarse en las faldas orientales



Polonia rusa

acometiendo vigorosamente a los rusos y dominando la parte más rica y poblada de la Polonia rusa. En el O. ha combatido con menos de la mitad de sus fuerzas contra las reunidas de tres naciones: Francia, Inglaterra y Bélgica, reforzadas por contingentes asiáticos, norteamericanos, australianos y africanos. Con otra mitad de su ejército, lleva victoriosamente la campaña en Rusia. Muy pobre concepto se ha de tener de la potencia militar de Rusia, Inglaterra, Bélgica y Francia para sostener que Alemania ha hecho poco.

Rusia, si bien derrotada en Polonia y Prusia oriental, ha dominado casi toda la Galizia, y aun-

de la region Sur de los Vosgos. De la defensiva, ha pasado a la ofensiva.

Austria, a quien tampoco ha acompañado la fortuna, ha luchado con éxito vario contra los serbios, consiguiendo por lo menos en este teatro verse libre de invasores; y contra los rusos va compensando sus derrotas con victorias; es verdad que ha perdido toda la Galizia occidental y la Bukovina, pero ha entrado en la Polonia rusa obligando al enemigo a retroceder un centenar de kilómetros.

La Gran Bretaña carecía prácticamente de ejército, para una guerra fuera de su territorio; no obstante, ha llevado cinco cuerpos de ejército a Francia,

con la caballería, artillería y servicios auxiliares, amén de fuertes masas de tropas coloniales, y está organizando otro ejército que excederá de medio



Yusuf Itzedin-Effendi, príncipe heredero del trono de Turquía

millón de hombres. El esfuerzo de Inglaterra supera, si es posible, al de las demás potencias. Lo reducido de su ejército no le ha permitido luchar aisladamente contra su adversario, pero ha demostrado sólidas cualidades de resistencia y bravura, y disponer de un material copioso y abundantísimo.

Serbia se ha conducido heroicamente y ha mantenido libre de enemigos su suelo, lo mismo que Montenegro, y en cuanto a Bélgica, su ejército continúa batiéndose a pesar de la desgracia que se cierne sobre él desde los primeros días; no hay que olvidar que los organismos militares belgas se encontraban en plena reorganización cuando estalló la guerra, o sea en las circunstancias más críticas y delicadas que puede atravesar un ejército.

Cuando tantas naciones han volcado sus elementos y recursos guerreros en los campos de batalla, sería menester que la impericia del mando apareciera en uno de los grupos beligerantes, para que el otro lograra rápidamente una ventaja decisiva. Un genio militar a la cabeza de uno de los ejércitos también precipitaría el desenlace, pero como su aparición no es potestativa de los humanos y la ineptia está desterrada de las altas posiciones, los dos campos beligerantes, penetrados de que de sus resoluciones depende la suerte y el porvenir de sus respectivos países, han de obrar con extremada prudencia, que no excluye la energía, y no lanzarse a acciones de relumbrón y de aparato para dar gusto a la galería.

Napoleón ganó muchas campañas, pero la filosofía de la historia dice que a partir de 1804 todas aquellas guerras se redujeron a una sola: así que el Emperador se empeñó en arreglar a su capricho el mapa de Europa y quitar y dar coronas y variar el destino de los pueblos, los perjudicados y los oprimidos le declararon guerra a muerte, guerra que duró once años, con algunos intervalos de calma,

necesarios para restañar las heridas y preparar nuevas fuerzas. La finalidad de la presente guerra es mucho más grave que la de las napoleónicas; han entrado en juego las mismas potencias que entonces, substituyendo a Suecia y España, Serbia, Montenegro y Turquía; pues si aquel período duró once años, ¿tiene nada de extraño que el presente alcance un año o algo más?

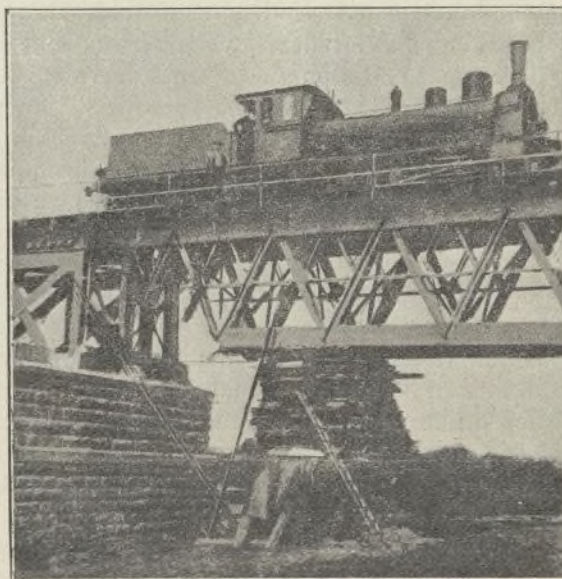
Si hace cuarenta y cuatro años, toda Alemania tardó siete meses en vencer a Francia, ¿cómo extrañar que ahora no haya llegado aún la resolución, cuando la mitad de las fuerzas alemanas han de combatir contra los franceses, los belgas y los ingleses, con sus contingentes coloniales?

La reserva de hombres que hay en Alemania y que esta nación no tiene prisa en enviar a los campos de batalla, es un indicio seguro de que se prepara para una guerra muy larga; pueden aparecer peligros inesperados: Italia, Rumanía, ¿quién sabe! y aquel Imperio se previene para que los nuevos acontecimientos no le cojan exhausto y desangrado. La guerra será larga, según todas las probabilidades, y hasta el presente no se ha perdido el tiempo ni mucho menos por parte de ninguno de los beligerantes, en particular por los dos Imperios del centro de Europa.

III. — Ojeada general sobre la situación militar en el teatro de la guerra del Este y sobre los propósitos de los beligerantes

No hay necesidad de que terminen las operaciones militares planteadas en Polonia, fronteras de Prusia, Galizia y Bukovina, para examinar los probables objetivos de los beligerantes.

El avance de los alemanes en Polonia no ha tenido exclusivamente por objeto contener la ofensiva rusa y alejar el peligro de la invasión de Silesia. Si tal hubiera sido el propósito del general Hindenburg, con la derrota de Lodz y Lovidz habría sido suficiente, porque el ejército ruso ha quedado tan quebrantado y ha experimentado tales pérdidas en hombres y material, que resulta inutilizado durante bastante tiempo para repetir aquella tentativa. La



Un puente de la Prusia Oriental destruido por los rusos y recompuesto por los zapadores alemanes

prosecución del avance alemán hacia el E. ha sido más perjudicial que beneficioso, desde este punto de vista, porque los rusos se han visto obligados a acumular fuertes reservas en el Vístula, al O. de la línea Varsovia-Ivangorod, y con este refuerzo se encuentran en mejores condiciones que a mediados de diciembre para continuar la campaña; además, si los alemanes fracasaran en su actual tentativa de ataque, al retirarse facilitarían al enemigo la persecución y la marcha hacia Silesia, porque siempre es más fácil, y despierta la fuerza moral del soldado, avanzar en forma de persecución de un adversario derrotado, que marchar contra un enemigo que se mantiene a la expectativa y escudado en posiciones bien atrincheradas. De consiguiente, el general Hindenburg no se propone aplazar y alejar el peligro de una invasión en Alemania, sino que procura obtener un éxito definitivo y terminar de una vez la campaña.

Esto sentado, si la ofensiva alemana en Polonia diera el resultado que de ella esperan los alemanes, la situación militar exigiría completarla con una acción en la Prusia oriental y con otra en Galizia. En el primer sector, el avance por el Niemen, hasta Vilna por ejemplo, pondría en situación crítica las provincias rusas del Báltico, e impondría la llamada de grandes masas rusas hacia el N., abandonando otros puntos menos vitales del Imperio. La campaña rusa dejaría de ser ofensiva y pasaría a ser totalmente defensiva. En Galizia sería menester acabar de empujar a los rusos, mediante una amenaza contra el flanco izquierdo del ejército ruso del S. Esta amenaza daría resultados eficaces en lo que atañe a la Galizia occidental y a la mitad N. de los Cárpatos, y únicamente podrían sostenerse los rusos en la parte oriental de Galizia y en Bukovina si los rumanos se deciden a desenvainar la espada contra Austria.

De esto resulta que la ofensiva en Polonia ha de llevar como consecuencia, si se quiere que la campaña sea decisiva, otra ofensiva más al N. y una conversión del ejército alemán victorioso hacia el S. Veamos qué dificultades pueden oponerse a la consecución de este objetivo.

Por de pronto, el grupo fortificado de Varsovia y de las plazas del N. es capaz de contener mucho tiempo a los alemanes. No hay mejor medio de apoderarse de aquellas fortalezas que la derrota del ejército de campaña a las puertas mismas de Varsovia y en la región del N. del Vístula, porque si tal ocurriera podría repetirse el caso de las plazas fuertes francesas, que se rindieron o capitularon casi sin presentar resistencia después de la victoria de los alemanes en Mons-Charleroi-Namur-Longwy. Pero si el ejército ruso escapa sin ser decisivamente derrotado y ha de emprenderse el sitio regular de aquellas plazas, los alemanes, a pesar de las ventajas conseguidas, no habrán resuelto el problema que se proponen, porque si bien habrán alejado tal vez para siempre la invasión de su país, no librarán a los austriacos de la situación delicada en que se encuentran y no será posible retirar la masa de tropas principal para llevarla al otro teatro del oeste.

Para empujar fuertemente a los rusos que aun combaten con tenacidad al O. de Varsovia, parece que está indicado apoyar la maniobra con el avance de otro cuerpo, al N. del Vístula, para coger de flanco

y aun de revés a Novo-Georgievks y las tropas rusas que hay en la orilla derecha de aquel río. Si además los alemanes dispusieran de tropas suficientes para tomar la ofensiva en las fronteras de Lithuania, el problema se les presentaría bajo favorables condiciones; de lo contrario, la campaña será larga y la solución militar de la guerra en este teatro está aun lejana.

Desde el punto de vista austriaco, nada mejor pueden hacer que lo que hacen, es decir, abandonar casi completamente la Bukovina y la porción meridional de los Cárpatos y procurar obtener una victoria contra las fuerzas rusas que se encuentran entre Przemyśl y el alto Vístula. Cooperan así a la maniobra de los alemanes en Polonia, y se ponen en situación de coger de flanco a los ejércitos rusos del S., cayendo sobre ellos en los momentos más graves para un cuerpo invasor: aquel en que se encuentra internado en las montañas, con enemigos al frente, a la espalda y a uno de los costados. De nada serviría que los austriacos limpiasen toda la línea de los Cárpatos, si los rusos no eran derrotados al E. de Cracovia y al S. O. de Przemyśl; el peligro ruso seguiría latente, y lo más que se habría conseguido es aplazar la resolución.

Resumiendo las ideas que preceden, en lo que atañe a los austro-alemanes, resulta que la ofensiva en Polonia es realmente la maniobra principal, pero no la única, toda vez que para resultar decisiva es menester apoyarla y completarla en los dos flancos. Aquel teatro de operaciones es tan extenso, que las ventajas de la línea interior no pueden ponerse de manifiesto sino a condición de que se efectúen otros ataques contra las alas del ejército enemigo. De los dos ataques, el emprendido por el N. sería el más fructífero, pero como conviene apoyarlo por el mar, y ahora los puertos del Báltico están cerrados por los hielos, es posible que se demore esta empresa y que se inicie antes la dirigida contra el ala izquierda o S. de los rusos, es decir, la de Galizia. Si así es, la campaña de Polonia será seguida y acompañada en su última parte por una operación en la derecha del Vístula y luego por una conversión o giro que amenace la cuenca del río San.

Del lado ruso, la situación es tan confusa como del austro-alemán. Los peligros que para ellos presenta el triunfo del mariscal Hindenburg en Polonia son tan claros que no han podido desconocerlos en ningún momento; el éxito del mariscal representaría, no sólo la derrota del centro moscovita, sino la ruptura de toda la línea y la retirada del ala izquierda, cuyos éxitos tácticos quedarían anulados por la derrota estratégica. El punto decisivo está en Polonia y no en Galizia; luego hacia allí y no en el S. parece que debieran encontrarse las fuerzas principales de los rusos. Bastaría a éstos un cuerpo relativamente débil frente a los Cárpatos para inmovilizar al ejército austriaco de la derecha, y dejar que las operaciones en Polonia resolviesen la campaña en Galizia: porque si los rusos obtienen el triunfo al O. de Varsovia, volverán a quedar abiertos todos los caminos que conducen a Cracovia y a los Cárpatos, aun que los austriacos tengan fuerzas considerables en este sector, fuerzas que nunca serán tan numerosas como las que les opondrán los moscovitas.

Sin embargo, a pesar de las derrotas en Polonia

los rusos continúan los fuertes ataques en el S., donde de todos los indicios son de que tienen fuerzas considerables.

Ello hace creer que han adoptado las medidas indispensables para poner término al avance alemán al O. de Varsovia y que esta fortaleza la creen a cubierto de un ataque. Con ella e Ivangorod en su poder, no corre peligro la línea del medio Vístula, foso natural ante el que se detendrá el enemigo, dándoles tiempo para acabar de desarrollar su acción contra los austriacos.

Suponiendo que se realicen los planes de los rusos, para que la invasión de Hungría sea un éxito, y no un fracaso completo, que podría degenerar en desastre, es indispensable que el ala derecha del ejército invasor ocupe una posición segura y sólida: esta posición no puede ser otra que el Alto Vístula y Cracovia; mientras esta plaza esté en poder de los austriacos y un poderoso ejército alemán en Polonia, aunque los rusos lleguen a Hungría su situación distará mucho de ser envidiable, porque cualquier contratiempo de los ejércitos rusos del centro y del N. dejaría aislado al del S. y éste tendría que retirarse en circunstancias por todo extremo difíciles y azarosas. Razonando con lógica, la persistencia de los rusos en sus ataques por los Cárpatos da a entender que han acumulado cerca de Varsovia fuerzas suficientes, no ya para resistir al enemigo, sino para arrojarle al O. y poner en condiciones de seguridad el flanco derecho del ejército del S. Pero después de las extraordinarias pérdidas padecidas por los rusos en esta guerra y del numeroso material de artillería que ha caído en manos de los alemanes, cuesta trabajo creer que todavía Rusia cuente con fuerzas para intentar una ofensiva total, que a eso equivaldría el derrotar a Hindenburg y volver a marchar hacia las fronteras de Silesia y Posnania y continuar adelantando hacia Hungría. Ciertamente es que en la orilla derecha del Vístula, entre Plock y Mlava, hay algunas tropas rusas, cuyo número se hace ascender a 100,000 hombres, las cuales amenazarían la izquierda de Hindenburg si el Vístula se helase; pero hay que contar con las tropas alemanas que han vuelto a apoderarse de Mlava y continúan internándose en territorio ruso, las cuales tropas se supone que han recibido refuerzos para ponerlas en condiciones de apoyar y coadyuvar las maniobras del mariscal Hindenburg. Hay probablemente compensación de fuerzas al NO. de Varsovia, y no ha de contarse demasiado con la acción de unas y otras.

El paso de una cordillera cuyas cumbres exceden de los 1,500 metros, y con pasos en forma de desfiladeros, es siempre operación difícil y expuesta, y todavía lo es mucho más la invasión de un país protegido por un obstáculo natural de aquella clase, porque se dificultan las comunicaciones, el enlace de las columnas es deficiente, los convoyes suelen sufrir retrasos y los abastecimientos en víveres, municiones y material llegan casi siempre tarde y en malas condiciones. Para que una operación tan difícil tenga pleno éxito, es indispensable que la retaguardia esté del todo segura y que no haya peligro de ataques de flanco, y estos requisitos no se cumplen en Galizia, toda vez que las dos únicas plazas fuertes siguen en manos de los austriacos y que el flanco derecho de los rusos está inicialmente

desbordado por los austro-alemanes de Polonia y por los austriacos del E. y S. de Cracovia. El empeño en adelantar hacia Hungría, sobre todo en los Cárpatos del S. sólo tendría explicación tomando en cuenta consideraciones políticas, como la intervención de Rumanía en la guerra, por ejemplo.

Los dos beligerantes están desarrollando, pues, operaciones ofensivas. Los austro-alemanes la ejecutan en Polonia, y los rusos en Galizia. Militarmente, es más acertada la primera que la segunda. Y para el resultado general de la guerra también; porque el vencimiento de los austriacos no dejaría las manos libres a Rusia, que tendría que inmovilizar muchísimos millares de hombres en sus líneas de comunicaciones, tantos más cuanto más se fuera internando en las llanuras de Hungría, y habría de precaver la posible y aun probable acción de los alemanes que en todo momento pudieran desembocar desde Silesia. La guerra ha de resolverse derrotando a los alemanes y no a los austriacos, y el plan ruso, tal como se está desenvolviendo, no parece llevar este camino. Aunque Hindenburg tuviera que retroceder, es probable que los rusos no pudiesen atravesar la línea del Varta, ni menos llegar a Thorn, objetivos que exigirían el empleo de casi todas las fuerzas rusas, gran parte de las cuales están empeñadas en Galizia. Con la retirada de Hindenburg los alemanes no resultarían vencedores, pero tampoco los rusos habrían adelantado un paso para derrotar a Alemania.

Los alemanes, en Polonia del N., han pasado el Bzura y el Ravka y se acercan cada vez más a Varsovia, esto es, al medio Vístula. Es de creer que la acción final no tendrá lugar con sólo las tropas empeñadas en esta región, sino que intervendrán, todavía más energicamente que hasta aquí, las del sector de Kielce, y sobre todo las de Mlava. La situación militar es más interesante por momentos. Sea cualquiera su resultado, la energía y la persistencia y coordinación de los esfuerzos aparecen más acentuados en el campo alemán que en el ruso: ello es consecuencia de la iniciativa estratégica que en todo momento han procurado y conseguido obtener los alemanes.

IV. — La pérdida del «Formidable»

En la mañana del 1.º de enero, el acorazado británico *Formidable* ha sido echado a pique por el ataque de un submarino alemán, en el estrecho de Dover.

El *Formidable* fué concluido en 1901, desplazaba 15,000 toneladas, y estaba armado con cuatro cañones de 30,5 centímetros, doce de 15,2, dieciséis de 7,6, seis de 4,7 y dos tubos submarinos de lanzar. Era un acorazado de primera línea, del tipo *predreadnought*, de la misma clase que el *Bulwark*, echado a pique el 22 de noviembre.

La pérdida de ambos acorazados, así como la de los tres cruceros de la clase del *Cressy*, y de otros varios barcos, demuestra que Inglaterra reserva sus *dreadnoughts* en las bases navales y despacha a realizar las comisiones en el canal y en el mar del Norte a los barcos más anticuados y, por consiguiente, de menos potencia militar. Pero si la escuadra alemana no ha salido todavía de sus fondeaderos, y han sido solamente los cruceros rápidos los que se han aventurado lejos de sus costas — excepto cuando el bom-

bardeo de Scarborough — no se alcanzan los motivos de que la Gran Bretaña destaque en el canal unidas de combate, exponiéndolas a los ataques de los submarinos enemigos y a tropezar con los torpedos fondeados, cuando en Dover y en otros puertos las podría tener abrigadas y en disposición de darse a la mar al primer aviso de los exploradores y barcos ligeros. Sin embargo, es un hecho que el Almirantazgo no considera bastante guardadas las costas de la metrópoli si no patrullan en alta mar algunas unidades de combate, resignándose a las pérdidas y a los contratiempos que resultan de la imposibilidad o del peligro mayor de tener bloqueadas las costas alemanas. En estas condiciones, la guerra ha de desarrollarse en perjuicio para la Gran Bretaña, cuya inmensa superioridad naval le permite, no obstante, persistir en su plan sin temor a debilitarse demasiado. De todos modos, como los cruceros acorazados y los acorazados de la clase pre-dreadnoughts están destinados a recibir el primer choque en caso de que la flota alemana se arriesgue a un ataque, la pérdida del *Formidable* supone un quebranto sensible, y un nuevo golpe más moral todavía que material, porque pone fuera de dudas los grandes riesgos que corren los barcos que navegan a corta distancia del litoral británico.

V. — La situación el 7 de enero

En el teatro del Este, los alemanes acentúan sus avances desde la región de Mlava, donde parece han recibido refuerzos de alguna importancia. Al S. del Vístula, han pasado a la orilla derecha del Bzura y del Pilica, y aunque lentamente prosiguen avanzando. Así lo confirman los mismos rusos, porque en sus partes de los últimos días insisten en que han rechazado los ataques de los alemanes, pero van citando cada vez puntos situados más hacia el E., prueba indudable de que los rusos se van replegando. La proximidad de Varsovia, los refuerzos que no cesan de llegar a la línea rusa y el haberse acortado el frente de batalla, son las causas, aparte de la inclemencia del tiempo, de que la batalla se desarrolle con menos actividad. Hay indicios de que a retaguardia del frente se está efectuando una nueva colocación de las tropas alemanas.

En el S. de Polonia, los austriacos siguen cooperando con buen éxito en las operaciones de sus aliados. En la región de Cracovia la situación general no ha cambiado, pues a una ligera ventaja obtenida por los rusos, ha seguido inmediatamente una contraofensiva afortunada de los austriacos. Más al O. o sea en la Galizia y los Cárpatos tampoco ha ocurrido nada saliente: en unos puntos los rusos han adelantado y en otros la mejor parte ha correspondido a los austriacos. Es difícil que en la estación en que nos encontramos se pueda llegar a un resultado decisivo en los Cárpatos, y mucho menos que los rusos consigan franquear esta cordillera y asegurar sus líneas de comunicaciones a través de Galizia. En la

Bukovina, ha empeorado la situación de los austriacos, que han vuelto a retroceder hacia las montañas, permitiendo a los rusos que lleguen a corta distancia de la frontera de Rumanía.

Los alemanes demuestran alguna actividad en las fronteras de la Prusia oriental, donde han empujado ligeramente a los rusos hacia el E., y según noticias de Petrogrado han llegado refuerzos del interior de Alemania.

En el teatro de la guerra del O., los aliados sostienen que han conseguido éxitos de relativa importancia, pero lo cierto es que ni ha cambiado la situación general, ni el mayor avance ha llegado a un kilómetro.

En compensación, también los alemanes han obtenido otras pequeñas ventajas, tan insignificantes como las de sus enemigos. Si la batalla se ha de resolver a copia de tan pequeños resultados, trascorrirán largos años antes de que se decida, y perecerá en ella hasta el último soldado.

No se han recibido noticias de las fronteras de Egipto, pero se sabe que los ingleses continúan enviando a las orillas del canal de Suez fuertes contingentes de tropas, tanto coloniales como de la metrópoli. Como consecuencia, hace más de un mes que no han despachado nuevas tropas de socorro a Francia.

En el Cáucaso, el tercer ejército otomano ha sido derrotado en Sarykamisch. Esta victoria de los rusos se presenta en estos momentos como decisiva y de excepcional importancia, pero ni se han dado las cifras de los prisioneros hechos a los turcos, ni del material de guerra apresado, por lo que es prudente aguardar datos completos para formar juicio. Al parecer, los turcos, confiando en la división de las fuerzas rusas y el temporal de nieves, se internaron en los pasos de las montañas, y fueron atacados antes de que pudieran desembocar y desplegar en el llano. Sorprende que después de haber asegurado hasta aquí los rusos que habían invadido el territorio enemigo y rechazado todas las tentativas de éste para cruzar la frontera (salvo en un punto inmediato al litoral del mar Negro) resulte que los turcos han sido derrotados cien kilómetros en el interior de Rusia.

Como quiera, he de repetir que para el resultado de la guerra tiene escasa importancia lo que acontezca en el Cáucaso; interesa, claro está, a rusos y turcos, pero la decisión ha de buscarse en otra parte, y la ayuda de los turcos ha de dejarse sentir principalmente en las fronteras con Inglaterra, esto es, en Egipto y en Arabia. Los rusos anuncian que están concentrando 700.000 hombres en el Cáucaso; no creo que incurran en el error de enviar un ejército tan numeroso a un teatro secundario, cuando tanta falta les están haciendo los refuerzos en Polonia y Galizia.

JUAN AVILÉS

Teniente Coronel de Ingenieros

7 de enero de 1915.